



bien para irles á hacer guerra dentro de su casa.

Con esto animado el rey D. Enrique pasó á Bayona, y la cercó en los postreros del mes de Junio; mas como sobreviniesen muchas aguas, que impedían las labores que se hacían para combatir la ciudad, y faltasen bastimentos, que por ser muy estéril la provincia de Vizcaya, de que se proveían, bastecía mal el ejército, cansados todos con estas descomodidades, levantaron el cerco y se volvieron á Castilla: asimismo el duque de Anjou no pudo venir, como tenía prometido, por estar ocupado en el cerco de Montalvan. Sirvió muy bien en esta jornada al rey D. Enrique Beltran de Guevara, señor de la villa de Oñate y de la casa de Guevara; y á la venida de Bayona, en remuneración de sus servicios, le hizo merced del valle de Leñiz, con su acostumbrada largueza en hacer dádivas: cosa que puso en necesidad á los reyes, sus descendientes, de reformarlas.

En el mes de Agosto el infante de Mallorca entró por el condado de Ruisellon con un grande y poderoso ejército, con el cual la fuerza de los aragoneses no se pudiera igualar, si se hubiera de hacer jornada y dar la batalla. Prevaleció en este aprieto la buena dicha de Aragon, que en esta entrada no hizo el infante cosa notable más de desbaratar algunas banderas de enemigos con muy poco provecho suyo, y llevar alguna presa de hombres y de ganados. Los que en esta entrada del infante padecieron mayores daños, fueron los del condado de Urgel. Por otra parte, el señor de Bearne y Jofre Recco Breton, que tenían muchos pueblos y vasallos en Castilla, sea por orden del rey don Enrique ó de su propio motivo, hicieron entrada en los campos de Borgia, y molestaron con guerra toda su tierra, combatiendo algunas villas, destruyendo y abrasando las aldeas, labranzas, rozas y heredades de aquella comarca.

En estos días el rey de Aragon envió á Inglaterra á Frances de Perellos, vizconde de Roda, á pedir ayuda al duque de Alencastre y á convidalle se confederase con él; y como este embajador con recio temporal corriese fortuna y aportase á la costa de Granada, fué preso

por mandado del rey moro, y encarcelados los mercaderes catalanes en venganza de que Pedro Bernal, capitán de unas galeras de Aragon, pocos días ántes tomara una nave del rey de Granada, que enviaba á Túnez con ciertos recados suyos: pretendía el moro otrosí en prender estos aragoneses hacer placer al rey de Castilla, cuyos enemigos eran. Con tantos desastres y malos sucesos, ¿qué podían hacer los de Aragon? ¿De quién valerse? ¿Qué ayudas podían buscar? El rey D. Enrique pretendía sanar al rey de Aragon, y no destruir al que con su ayuda fué parte para que él llegase á la cumbre de alteza en que al presente se veía: con este fin envió otra vez á Barcelona por embajadores á Juan Ramirez de Arellano y al obispo de Salamanca para que hiciesen paz con él.

En tres de Noviembre deste año, en el castillo de Evreux, en Normandía, murió doña Juana, reina de Navarra, por cuyas lágrimas muchas veces su hermano, el rey de Francia, perdonó grandes ofensas que su marido le tenía hechas. Al presente, en esta ida que hizo á Francia, como quier que hallase cerradas las orejas del hermano, recibió tan grande pena, que della le sobrevino una dolencia que la acabó. Su cuerpo sepultaron en el monasterio de San Dionisio, entre los reyes sus antepasados: hicieronle las obsequias con gran pompa y aparato. Su marido dió nuevas ocasiones para que con mucha razon el pueblo le aborreciese, porque persiguió con muertes, destierros y confiscaciones de bienes á los parientes y allegados de aquellos que en las revueltas y calamidades de aquel tiempo siguieron el partido de sus enemigos. Si estos castigos él los hiciera en las personas de los que le ofendieron, pudiérale excusar el dolor de la ofensa y el deseo de la venganza; mas pagaban los inocentes por los culpados.

Sobre los trabajos que hemos referido que padecía el reino de Aragon con las guerras, le vino otro muy mayor de una gran hambre que en este año padeció toda aquella provincia; mas algun tanto se remedió con trigo que se trujo de África. Fuéles, por otra parte, provechosa esta hambre, porque, compelidos de ella, se fueron del reino sus enemigos. En Castilla asi-



mismo, do pasaron los franceses á buscar mantenimientos, luégo en principio del año de mil y trescientos setenta y cinco murió de enfermedad su capitán el infante de Mallorca, D. Jaime, rey de Nápoles: enterraron su cuerpo en la ciudad de Soria, en el monasterio de San Francisco. Acompañó en esta guerra al infante su hermana doña Isabel, que estaba casada con el marqués de Monferrat, animada de la esperanza que tenía de vengar las injurias que el rey su padre recibió del rey de Aragon. Esta señora, muerto su hermano, se hizo cabeza, y debajo de su conducta se volvió el ejército de los franceses á sus casas.

En aquella tierra renunció ella y cedió los derechos paternos que tenía contra la casa de Aragon en Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia; de que se recrecieron nuevos pleitos y debates en sazón que las frases entre los reyes de Castilla y de Aragon se concluyeron por intervencion y diligencia de la reina de Castilla doña Juana, que para este efecto fué á la villa de Almazan: por parte del rey de Aragon se hallaron allí el arzobispo de Zaragoza, y Ramon Alaman de Cervellon. En doce días del mes de Abril se concluyeron y firmaron las paces con estas condiciones: que la infanta doña Leonor, que ántes estaba otorgada al infante don Juan, le fuese entregada para que se celebrase el matrimonio: en dote le señalaron doscientos mil florines, que al rey D. Enrique dió prestados el rey de Aragon en los principios de las guerras civiles; que Molina se restituyese al de Castilla, que á ciertos plazos contaría al de Aragon ciento y ochenta mil florines por los gastos de la guerra. La nueva desta concordia, que se entendía sería por muchos tiempos, se festejó en ambos reinos con parabienes por la paz y grandes banquetes que se hicieron, juegos, fiestas y alegrías por la esperanza que tenían que despues de tantas tempestades y guerras, se seguiría en toda España la quietud y sosiego por tanto tiempo deseado, y la luz clara se les mostraría despues de una oscuridad tan larga y tan espesas tinieblas.

Fué este año dichoso, no solamente para España, sino tambien para todo el mundo y toda la cristiandad, á causa que Gregorio XI, pon-

tífice Máximo, honra de los papas, dexado Avinion, donde estuvo la silla apostólica por espacio de setenta años, la restituyó al sagrado asiento y casa de sus antecesores, y se fué á residir lo que le restaba de la vida á la santa ciudad de Roma: varon verdaderamente grande y digno de loa inmortal. Las grandes revoluciones de Italia no sufrían la ausencia de los papas. La virgen santísima Catharina de Sena, de quien hay doce cartas escritas á Gregorio, fué la que principalmente le movió á tomar este saludable consejo contra lo que sentían algunos cardenales. Decíale con un celo santo y elocuencia del cielo que en cosa tan claramente conveniente, y que á él solo tocaba, no tomase acuerdo con nadie, sino que usase de su propio arbitrio y parecer. Beltran Claquin, por haberganado grandes honras en Francia, y acrecentado su estado con el condado de Longavilla, vendió en esta sazón al rey D. Enrique la ciudad de Soria, y las villas de Atienza y Almazan y los demas pueblos que le diera en Castilla, por precio de doscientas y mil doblas, que para aquel tiempo fué una suma asaz grande: la mayor parte le pagó en veintiseis prisioneros nobilísimos de de los que prendió la armada de Castilla en la batalla de la Rochela; por el dinero restante le dió en rehenes á un hijo de D. Juan Ramirez de Arellano, llamado como su padre, por estar el tesoro del rey tan gastado que no se pudo contar de presente.

Para celebrar las bodas de los infantes de Castilla y de Navarra, se escogió la ciudad de Soria, por estar en los confines de ambos reinos, y por hallarse en lugar tan acomodado para ello, quiso el rey D. Enrique hacer juntamente las bodas de ambos hijos como lo tenían concertado. Á la infanta doña Leonor trujeron de Aragon á Soria Lope de Luna, arzobispo de Zaragoza y el embajador Cervellon, con gran acompañamiento de señores y caballeros de aquel reino. Vino otrosí á esta ciudad á celebrar su matrimonio el infante D. Carlos, hijo del rey de Navarra. Hizose el casamiento de doña Leonor, hija de D. Enrique, en veintisiete días del mes de Mayo. Túvose respeto en dar el primer lugar al infante de Navarra, por ser huésped. En diez y nueve días del mes de Ju-



nio se veló el de Castilla, D. Juan, con su esposa Leonor. Todo estaba lleno de juegos, fiestas y regocijos, no sólo en Soria, sino en todo lo demas de España, por la esperanza que los hombres tenían concebida de una larga paz y estable felicidad. En estos dias vinieron nuevas que D. Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, el que dijimos que el año pasado se fué á Portugal, murió en Inglaterra. Tenía esperanzas de volver á Castilla, y ser restituido por las armas de su patria. Súpose otrosí que Fernando de Tovar, capitán entre los de aquel tiempo de la fama, con la armada de Castilla hizo grandes daños en la costa de Inglaterra, destruyendo, robando, quemando y asolando muchos pueblos y campos, rozas y labranzas de aquella isla.

De Soria, concluidas las fiestas, se pasó el rey D. Enrique á Búrgos: príncipe esclarecido en las demas naciones, y en su reino bien querido. Tenía intento, por el favor que halló en Francia, de acudirle con todas sus fuerzas contra los ingleses, y pagalles el bien que della recibió, á la sazón que D. Alonso, su hijo, conde de Gijón, con ligereza juvenil, mudado de voluntad acerca del casamiento con doña Isabel, hija del rey de Portugal, por no efectuarle se fué á Francia y á la Rochela por mar; mas el rey, su padre, le hizo venir desde á pocos dias. En los postreros dias deste año falleció D. Gomez Manriquez, arzobispo de Toledo, Juntáronse en su cabildo los canónigos de aquella iglesia para elegir sucesor; no se concordaron, ántes divididos los votos, los unos eligieron á D. Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, dean de la misma iglesia, los otros nombraron á D. Juan Garcia Manrique, sobrino del difunto, que era hijo de su hermano el adelantado Garcí Fernandez Manrique, y de arcediano de Talavera le pasáran primero á ser obispo de Orense y despues de Sigüenza; favorecia á este rey con grandes veras, porque era afín y allegado de D. Juan Ramirez de Arellano.

El arzobispo difunto avisó á su muerte que no eligiesen en su lugar al dicho su sobrino, porque era inquieto, sino dean; acudieron al papa Gregorio para que determinase estas diferencias; él, no teniendo por canónica ningun-

na de las dos elecciones, dió el arzobispado á D. Pedro Tenorio, y de la iglesia de Coimbra, cuyo obispo era, le pasó á la de Toledo; varon de muchas prendas, letras y erudicion. En Italia y Francia anduvo peregrinando y desterrado; estudió en Tolosa y Aviñon, y Perosa; en el estudio de Bolonia tuvo por maestro á Baldo, famoso jurista, y él mismo leyó derechos en Roma. Fué hombre de grande prudencia por el uso y experiencia que tenía de muchos negocios, de grande pecho y valor, aventajado entre los hombres más señalados de aquel tiempo. Fué arcediano de Toro en la iglesia de Zamora; su padre, Juan Tenorio, comendador de Estepa, y trece de la órden de Santiago; su madre, doña Juana, está enterrada en la colegial de Talavera; sus hermanos, Juan Tenorio y Melendo Rodriguez, anduvieron con él desterrados en tiempo del rey D. Pedro; su hermana, doña Maria Tenorio, casó con Fernan Gomez de Silva, cuyo hijo, Alonso Tenorio, fué adelantado por su tío de Cazorla.

Murieron por estos dias algunos varones principales de Navarra, en particular D. Rodrigo Urriz, señor rico y de grande autoridad, fué por mandado de su rey preso y degollado en la ciudad de Pamplona, en los últimos dias de Marzo del año de mil y trescientos y setenta y seis. Causáronle la muerte unos tratos mal encubiertos que traía con el rey de Castilla; era fama se queria pasar á él y entregalle los castillos de Tudela y Caparroso; yo sospecho que sin razon y falsamente se creyó esto, porque no es verosímil quisiese turbar aquel caballero tan presto la paz que se acababa de asentar. Don Bernardo Folcaut, obispo de Pamplona, murió en siete de Julio en Italia, en la ciudad de Anagnia, donde vivía desterrado de su iglesia; la libertad, gravedad y autoridad deste prelado, le hicieron odioso á su rey, ó por haberse mal gobernado, como arriba queda apuntado. Fué elegido en su lugar D. Martin Calva, doctísimo en ambos derechos pontificio y cesáreo, y tenido por tan eminente, que muchos le igualaban á Baldo, tan famoso letrado y excelente en aquella facultad. D. Fadrique, rey de Sicilia, falleció en Mecina á veintisiete dias del mes de Julio; dejó por heredera del reino y de los du-



cados de Aténas y de Neopatria á su hija doña Maria, de que resultaron nuevas esperanzas, y á muchos príncipes se les dió materia de diferencias y debates sobre la pretension del casamiento desta infanta y codicia del reino de Si-

cilia. Amenazaban otrosí nuevas pretensiones y revoluciones; en particular á los aragoneses se les presentó buena ocasion de dilatar y ensanchar sus estados.

CAPITULO IV

Del estado que dejó en la Iglesia... La fama y nombrada del rey D. Enrique... de un reino tan poderoso como es el de Castilla... a quien todas las demas obedían... que se acordaron... de la paz que se acababa de asentar... de la ciudad de Pamplona... de su iglesia; la libertad, gravedad y autoridad deste prelado... de su lugar D. Martin Calva... de Mecina á veintisiete dias del mes de Julio...

La fama y nombrada del rey D. Enrique... de un reino tan poderoso como es el de Castilla... a quien todas las demas obedían... que se acordaron... de la paz que se acababa de asentar... de la ciudad de Pamplona... de su iglesia; la libertad, gravedad y autoridad deste prelado... de su lugar D. Martin Calva... de Mecina á veintisiete dias del mes de Julio...